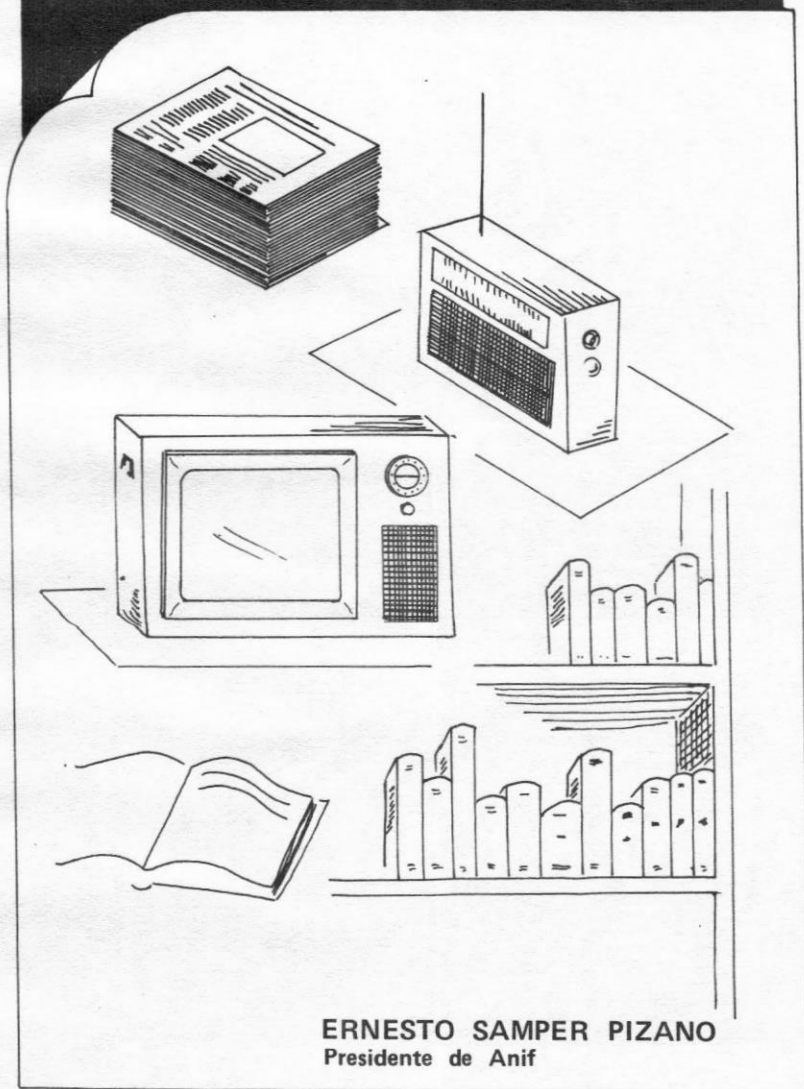


CALIDAD Y CANTIDAD DE VIDA



ERNESTO SAMPER PIZANO
Presidente de Anif

Resulta lógico que, para quienes están acostumbrados a una visión san-chopancesca de la empresa privada y quijotesca del Estado —según la cual, a la primera correspondería el apetito del lucro y, al segundo, la exclusiva búsqueda del bien común— parezca extraño que ANIF colabore en la promoción de un simposio sobre la cultura. Semejante lógica encuentra, por lo demás, asidero en una creencia algo esquizofrénica y bastante generalizada de que el desarrollo económico, que protagonizaría la empresa, nada tiene que ver con el progreso social que se supone liderar el Estado; cuando tal confusión equivale a negarle al proceso su meta y, al resultado, su causa. Preocupados como hemos estado por muchos años con el crecimiento económico, nos hemos olvidado de repartirlo, pasando por lo alto el axioma, imperdonable en su no aplicación, de que la economía debe estar al servicio del hombre, y no éste, esclavo de ella. La celebración de este encuentro, con la presencia de tan distinguidos personajes, es una oportunidad calva para que, en torno a la cultura, nos preguntemos si no ha llegado el momento, en Colombia, de cambiar nuestra preocupación por una política de cantidad de vida por otra de calidad de vida. Y si, además de garantizarle al hombre colombiano el derecho a tener más, le podemos brindar la posibilidad de ser más.

La Política de Calidad de Vida

El concepto de "calidad de vida" alcanza dos aspectos fundamentales de la realidad de nuestro cambio social: el primero se refiere a la relación que actualmente establece la sociedad colombiana con sus miembros; el segundo toca con la relación activa que se produce entre el individuo y su conglomerado social. ¿Qué le da el colombiano a su sociedad, y qué recibe de ella? son dos interrogantes que deberían permitirnos llegar a una idea de lo que podría ser la política de calidad de vida.

La relación sociedad-individuo nos remite al problema de la pobreza. Existen infortunadas evidencias de que el modelo de desarrollo que actualmente nos rige tiene una clara tendencia concentracionista que da, a pocos, lo que, a muchos, quita. Es cierto que los denominados niveles de pobreza absoluta poco o nada nos dicen, si no se refieren a un contexto más dinámico; que exista la pobreza no es tan preocupante como que, además, nos sigamos empobreciendo. Es el concepto de deprivación relativa, ocasionado por la dinámica de la pobreza, según la cual los salarios no alcanzan a la inflación, el sistema tributario se hace cada día más regresivo y la participación del trabajo pierde terreno respecto al ingreso nacional. Si todos nos quedamos embotellados en una autopista, compartiremos la resignación pero, si una fila empieza a moverse, ante el estático desespero de la otra, la paciencia seguramente se agotará, por un fenómeno de inmovilidad relativa. No es del caso volver a citar aquí las cifras frecuentemente recurridas cuando se recuerda la novela de la marginalidad colombiana. Tenemos que replantear nuestra política de desarrollo social y, dentro de ella, el papel que debe cumplir el Estado, cada día más ausente de este desafío.

La relación sociedad-individuo nos remite al problema de la identidad, sobre el cual algunas conclusiones habrán de resultar de este encuentro.

¿Hasta qué punto los colombianos se sienten participantes de su propio desarrollo? Por cuenta de la marginalidad social y de fenómenos recientes como el de la economía subterránea, el país está viviendo un proceso de dolorosa alquimia en su estructura de valores. El camino del enriquecimiento fácil y fortuito ha producido una mutación en los valores, acuciosamente acelerada por las condiciones de pobreza; la audacia ha sustituido al mérito; el trabajo honesto ha sido reemplazado por la aventura temeraria; el ansia por ganar avasalló al deseo de triunfar. Nadie quiere enriquecerse en más de una semana, todos quieren jugar a la lotería. En Colombia, ya no se necesita ser un líder, para llegar a ser un líder. Jueces, posiciones, símbolos han caído inmolados a esta nueva ética que trata de abrirse paso a la fuerza: la ética del becerro de oro. El empobrecimiento, la crisis de valores, el debilitamiento del Estado, la falta de participación política que estos fenómenos conllevan; la balcanización del país por regiones, sectores y grupos, cada uno según su propio interés; la imagen en el exterior de Colombia y los colombianos, por cuenta del problema de la droga, que ha convertido nuestro pasaporte en un pasaporte de vergüenza; todos estos factores aunados están produciendo una especie de desencuentro histórico, algo así como si se nos estuviera extraviando, o ya se nos hubiera extraviado, nuestra tarjeta de identidad. Frente a esa angustia; frente al espectro de nuestra alma enferma; frente al hecho éste de que la vida cada día cuesta más, pero vale menos, necesitamos una fuerte sobredosis de identidad cultural, volviendo a lo nuestro; necesitamos simple y sencillamente, volver a ser. Tenemos que derrotar la marginalidad cultural.

La Marginalidad Cultural

En un sentido amplio, la marginalidad cultural se relaciona con la educativa; nuestro sistema educativo, a pesar de haber progresado bastante en los últimos años, aún muestra señales de estar atendiendo preferencialmente a unos núcleos privilegiados de población, siguiendo la norma cada día más corriente de que, en toda democracia capitalista, las leyes del mercado, que rigen el reparto económico, terminan por convertirse en los peores enemigos de las leyes del Estado, que rigen el reparto social. El proceso educativo colombiano no ha logrado, en sus niveles superiores de enseñanza, revertir su papel de movilidad discriminante. Más allá, tenemos que democratizar el acceso a la cultura; en forma directa, a través de la producción de mayores bienes culturales e, indirectamente, mediante una mayor penetración de los medios de comunicación social. Colombia presenta una baja cifra de receptores de radio por mil habitantes (117), frente a otros países de igual nivel de desarrollo como Chile (172), o de mayor nivel como Estados Unidos (1.977); igualmente baja parece ser dicha cifra en receptores de televisión (70 por mil), frente a países como España (206 por mil), o Francia (278 por mil). Los volúmenes en las bibliotecas y los títulos editados, como la circulación de periódicos, por habitante, son igualmente inferiores a otras naciones. Proveer un mayor número de estos vehículos culturales a la población, ampliar las metas cualitativas y cuantitativas del sistema educativo colombiano, y pensar seriamente en el curso de nuestro propio destino son reflexiones oportunas para avalar ante ustedes la importancia de este simposio.

CIRCULACION DE PERIODICOS

	Tiraje (Miles)	Tiraje por 1.000 Habitantes
Colombia 1976	1.330	54.6
Chile 1976	—	—
Argentina 1976	2.682	104.3
México 1976	3.994	64.1
Estados Unidos 1976	61.714	286.9
España 1976	4.254	118.3
Francia 1976	10.615	200.6

RECEPTORES DE RADIO

	Número Receptores (Miles)	Receptores por 1.000 Habitantes
Colombia 1976	2.850	116.9
Chile 1976	1.800	172.2
Argentina 1977	10.000	386.7
México 1970	14.005	276.2
Estados Unidos 1976	425.300	1.977.0
España 1976	9.300	258.5
Francia 1976	17.441	329.6

RECEPTORES DE TELEVISION

	Número Receptores (Miles)	Receptores por 1.000 Habitantes
Colombia 1976	1.700	70.0
Chile 1976	710	68.0
Argentina 1976	4.500	175.0
México 1977	5.480	84.0
Estados Unidos 1976	129.400	602.0
España 1976	7.425	206.0
Francia 1976	14.693	278.0

Fuente: UNESCO, NACIONES UNIDAS, CALCULOS ANIF

BIBLIOTECAS

	Volúmenes en Bibliotecas Nacionales (Miles)	Volúmenes por 1.000 Habitantes
Colombia 1974	450	19.6
Chile 1974	2.000	198.4
Argentina 1974	2.330	93.0
México 1974	963	16.6
Estados Unidos 1974	19.567	92.3
España 1974	3.069	87.1
Francia 1971	7.500	146.3

Fuente: UNESCO, NACIONES UNIDAS, CALCULOS ANIF

EDICION DE LIBROS

	Número de Títulos	Número de Títulos por Millón de Habitantes
Colombia 1975	1.272	53.8
Chile 1975	628	61.3
Argentina 1975	5.141	200.9
México 1975	5.822	96.8
Estados Unidos 1975	85.287	399.4
España 1975	23.527	660.9
Francia 1975	29.371	556.4

Fuente: UNESCO, NACIONES UNIDAS, CALCULOS ANIF

Una Tarea Difícil

La tarea no es, no puede ser, ni mucho menos, fácil. La inflación, entre otros fenómenos, ha logrado cambiar los énfasis sobre los cuales se construyó la democracia moderna. La nota predominante hoy en la evolución social y económica, en la política, es que dichos cambios están impregnados de lo que el Profesor Lester Thurow ha denominado el elemento sumatoria cero. Por cada fuerza positiva que avanza, se produce una negativa que la anula, produciendo el resultado cero; el cero del inmovilismo, del estancamiento, de la crisis fija. Colombia no está ausente de esta realidad contemporánea. La obsesión por la seguridad económica ha llevado a los individuos a aislarse en defensa de medidas liberales que eleven sus ingresos, y conservadoras que protejan sus gastos; la sumatoria de estos intereses particulares no tiene para la democracia, como es de suponerse, la fuerza de un voto colectivo sino de un veto insolidario. Plantear en este ambiente una campaña de compromiso colectivo alrededor de nuestra cultura no es tarea fácil; tampoco imposible. Para derrotar a esa sociedad que tiende hacia la sumatoria cero tenemos que recuperar la capacidad de sacrificio; tenemos que volver a aceptar que, para que los que estén abajo ganen algo, alguien tiene que perderlo; porque no hay democracia, ni gobierno que la realice, cuando no existen perdedores y ganadores, y debemos —sobre todo— volver a creer.

Al escritor argentino Jorge Luis Borges le encanta imaginar la muerte siguiendo la deliciosa leyenda inglesa según la cual la diferencia entre un vampiro y un cadáver mortal es que la imagen del primero, frente a un espejo, no se ve reflejada. Lejos de la prueba de necropsia del Conde Drácula, son muchos los valores y talentos que Colombia puede encontrar en el espejo de su propia identidad, de su cultura. Aquí hemos venido para recordarlos, y para buscar formas eficientes que promuevan su difusión y acceso. Por su asistencia, Presidente Lleras Camargo, en nombre de COLCULTURA y ANIF; por la de ustedes, mil gracias.

ERNESTO SAMPER PIZANO